

de la cuenca del Mississippi, siempre prontas á acudir á la primera señal y á tomar parte en cualquiera expedición francesa dirigida contra los colonos ingleses. Estos, por otro lado, no podían fiarse ni de las tribus que mas amigas se mostraban, y en muchos puntos fronterizos corría ya sangre de infelices colonos de la Nueva Inglaterra sin que sus desgracias encontrarán eco en las colonias mas meridionales y menos amenazadas de los franceses é indios. Sin embargo, esta indiferencia estaba ya próxima á desaparecer.

En 1748 constituyóse la Sociedad inglesa del Ohío, cuyo objeto era colonizar los territorios al otro lado de los montes Aleghanis. El sistema inglés de colonización era lento aunque seguro: empezaban por levantar el plano del territorio y por señalar parcelas que despues cedían á colonos labradores, que avanzaban detrás de los ingenieros con el arado y el azadon. Los franceses iban mas de prisa: se contentaban, para ocupar un terreno, con colgar en postes y árboles placas de plomo con las flores de lis grabadas en ellas ó talladas en la corteza de los árboles mas visibles, juntamente con las indispensables cruces.

La cuarta guerra intercolonial

Los ingenieros ingleses habían llegado con sus trabajos topográficos cerca de donde hoy está la ciudad de Louisville, en la orilla izquierda del Ohío, en el actual Estado de Kentucky, cuando en la primavera del año 1753 las colonias centrales inglesas tuvieron noticia de que fuerzas francesas habían pasado el lago Erie y, despues de fortificar el extremo de la lengua de tierra llamada Península, habían avanzado hasta los afluentes septentrionales del Ohío. Al saber esto, el gobernador Dinwiddie, de Virginia, decidió intimar á los franceses la evacuación de los territorios que acababan de ocupar, haciéndoles saber que estos territorios pertenecían ya á la corona de Inglaterra. Para mensajero eligió á Jorge Washington (1), que entonces tenía 21 años de edad y era edecan del jefe de las milicias de Virginia.

Washington fué recibido cortésmente por el jefe de la fuerza francesa, el cual le dijo que enviaría su mensaje inmediatamente al gobernador del Canadá, pero que hasta nueva orden estaba obligado á sostenerse en la posición que ocupaba. Con esta contestación regresó Washington, en el rigor del invierno, á la residencia del gobernador de Virginia. A principios de la primavera del año 1754 una compañía de colonos ingleses fronterizos había pasado al otro lado de la cordillera y empezado á construir un fuerte en el punto que ocupa ahora la ciudad de Pittsburg, cuando súbitamente se les presentó una numerosa tropa de franceses é indios intimándoles que se retirasen de aquella comarca. Viendo que la resistencia habría sido una temeridad, se retiraron los ingleses; pero acudiendo Washington entonces con otra sección de colonos, se rompió el fuego, que duró con mucha violencia desde las once de la mañana hasta las ocho de la noche. Los ingleses pelearon como leones contra la fuerza enemiga muy superior. Por la noche hubo negociaciones; Washington aceptó las condiciones ofrecidas por el jefe francés y se retiró con su fuerza al otro lado de las montañas.

En el verano del mismo año hubo en Albany una reunión de delegados de las colonias inglesas para acordar los me-

(1) El bisabuelo de Jorge Washington fué Juan Washington, que había emigrado con su hermano Andrés de Inglaterra á la Virginia en 1657. Jorge Washington nació el 22 de febrero de 1722 en el condado de Westmoreland, de Virginia; estuvo en la escuela de Williamsburg hasta la edad de 15 años, donde solo adquirió la instrucción elemental; despues estudió privadamente las matemáticas elementales y la trigonometría, y llegó á ser agrimensor de la colonia de Virginia, empleo que desempeñó tres años, dedicándose despues á la carrera militar.

dios de defensa en la guerra, que se había hecho ya inevitable. En esta junta se propuso por primera vez la importante idea de una unión de todas las colonias inglesas del continente norte-americano; pero fué rechazada por el gobierno inglés, porque acrecentaba el poder del pueblo colonial, y los delegados del pueblo la rechazaron también porque temían aumentar desmesuradamente el poder de la corona. Entretanto, continuaban las cortes de Londres y de París sus negociaciones para llegar á un arreglo pacífico, bien que al propio tiempo trabajaban activamente en los preparativos de guerra. A este fin el gobierno inglés envió á Virginia, á principios del mismo año de 1754, una escuadra con dos regimientos, y poco despues salió á la mar otra francesa con municiones de guerra y una fuerte división de tropas regulares. La primera llegó á su destino con toda felicidad, pero no así la segunda, que en una espesa niebla en las aguas de Terranova perdió dos buques, los cuales fueron apresados por la marina de guerra inglesa sin previa declaración de guerra. Esta fué la señal de la lucha, en la cual los cruceros ingleses fueron tan afortunados, que antes de concluir aquel año apresaron 300 buques franceses con cerca de 8,000 marineros que los tripulaban. Resonó entonces un grito general de indignación en Francia, y el embajador francés se retiró de la corte de Inglaterra. La guerra entre las dos potencias rivales en la América del Norte quedó declarada y las selvas vírgenes de aquel continente retumbaron con el fragor de los ejércitos y el estampido de los cañones enviados por naciones civilizadas para destruirse allí donde hasta entonces solo los salvajes pieles rojas se habían ocupado en aniquilarse mutuamente.

Antes de la ruptura de las relaciones diplomáticas y de la declaración de guerra, el ministerio inglés tenía formado su plan de campaña, que consistía en un ataque simultáneo por todos lados á las posesiones francesas, para apoderarse de ellas de golpe. Una división de tropas coloniales debía ocupar los territorios de la bahía de Fundy (2); otra los de Crown-Point, á orillas del lago Champlain; otra debía tomar el fuerte de Niágara, mientras los dos regimientos enviados á Virginia y mandados por el general Braddock, reforzados con milicias, debían arrojar á los franceses de la fortaleza de Duquesne, recién construida. Braddock fué nombrado general en jefe de todas las fuerzas inglesas en América. Era el hombre menos á propósito para este puesto importantísimo, pero á pesar de este error la Inglaterra salió victoriosa de la lucha.

Concluidos los preparativos, la división de Braddock salió de la Virginia á principios del mes de junio de 1755 y penetró en el interior, donde el ejército inglés, cargado de una voluminosa é inútil impedimenta, tuvo que pasar muchos trabajos para abrirse camino al través de las selvas vírgenes, que le hacían perder un tiempo precioso. Adoptando el consejo de Washington, que aunque enfermo formaba parte de la expedición, destináronse 1,200 hombres escogidos, con poco equipaje y la artillería ligera, para formar la vanguardia, la cual llegó en 9 de julio al río Monongahela, tributario del Ohío, no lejos del punto donde estaba el fuerte Duquesne. Los franceses, al tener noticia de la aproximación del enemigo, prepararon á este una celada á la manera de los indios; y efectivamente, los ingleses, que á pesar de todos los avisos avanzaron sin exploradores, recibieron un fuego mortífero que sembró la confusión en la vanguardia. Esta, retirándose precipitadamente, se arrojó sobre el grueso de la división, la cual á su vez, despues de tres horas de fuego, se

(2) Fundybay está situada en la costa de América entre la Nueva Escocia y la Nueva Brunswick.

desbandó y huyó. Braddock dió grandes pruebas de valor y de serenidad; en aquella acción le mataron los siete caballos que montó sucesivamente, y al fin cayó el mismo mortalmente herido. Washington se multiplicó en medio de una lluvia de balas, cuatro de las cuales agujerearon su capa. Las pérdidas de los franceses fueron insignificantes, mientras los ingleses perdieron mas de 700, soldados entre muertos y heridos, y de 86 oficiales, solo 23 quedaron ilesos.

Esta derrota de los ingleses animó á los indios, que hasta entonces habían permanecido mas ó menos neutrales, á arrojarse sobre los colonos fronterizos y sus aldeas y á cometer sus acostumbradas atrocidades en toda la frontera de la Virginia y Pensilvania.

La conquista de la Acadia costó poco; mas para evitar peligros ulteriores, los habitantes franceses, que pasaban de quince mil, fueron trasladados á las colonias inglesas y diseminados en ellas, desde la Pensilvania hasta la Luisiana, y muchos fueron enviados á la isla de Haití y aun á Francia. La mayor parte perecieron de miseria (1).

Shirley, que mandaba la expedición contra el fuerte de Niágara, llegó solamente hasta Oswego por estar demasiado adelantada la estación; pero aprovechó su detención construyendo en aquella comarca varios fuertes de importancia. La vanguardia de la división de Johnson, compuesta de seis mil hombres, fué atacada en su marcha contra Crown-Point por los franceses, mandados por el baron Dieskau, y quedó derrotada, muriendo en la acción el comandante inglés Williams y el anciano jefe indio de la tribu iroquesa de los mohawk; pero los franceses, al perseguir á los restos de la vanguardia, que se replegó sobre el grueso del ejército, fueron derrotados á su vez. Dieskau, gravemente herido, fué hecho prisionero, y el resto de su fuerza se replegó sobre Crown-Point. Johnson no supo sacar otra ventaja de su victoria, se quedó donde estaba y construyó allí la fortaleza llamada William Henry. Así acabó el primer año de esta guerra. Al año siguiente, el inepto Loudonn fué encargado de la dirección de las fuerzas inglesas y el valiente general Montcalm recibió el mando de las francesas, con las cuales, en el verano de aquel año, tomó por asalto la plaza de Oswego y la arrasó. El mismo Montcalm, en agosto del año siguiente de 1757, con 8,000 hombres, entre los cuales 2,000 eran indios, y despues de un fuerte bombardeo, se apoderó de la fortaleza de William Henry. La guarnición, despues de una defensa heroica, capituló y evacuó la plaza con todos los honores militares; pero fuese con la aquiescencia del general francés ó sin ella, al salir los ingleses á campo raso (2) cayeron sobre ellos los indios de Montcalm y los degollaron á todos, arrancando á los soldados la piel de la cabeza.

En 1758 la guerra tomó un nuevo aspecto, debido á las disposiciones del célebre hombre de Estado Pitt, que había subido al ministerio y que dió á las operaciones militares en América un impulso enérgico. Los ingleses, mandados por Abercrombie, perdieron á orillas del lago George dos mil hombres y se dieron á la fuga; pero en cambio conquistaron las fortalezas de Louisbourg, Duquesne y Frontenac, y arrasaron esta última.

En 1759 estaba el Canadá perdido: sus autoridades civiles y militares lo habían explotado sin conciencia; la población se hallaba desmoralizada, los campos habían quedado sin cultivar porque los hombres útiles se habían visto forzados á empuñar las armas durante los últimos años, y el hambre asomaba ya su horrible faz. Pero, á pesar de todo,

(1) De esta dispersión ha sacado el poeta Longfellow el asunto de su obra maestra: *Evangelina*, traducida al español por Francisco Rahola.

(2) Llevando en su centro las mujeres, niños, ancianos y enfermos.

los canadienses, excitados por sus sacerdotes y por el odio á los ingleses, estaban resueltos á luchar hasta el último aliento.

En estas circunstancias el gobierno inglés determinó acabar en aquel año con el dominio francés en el Canadá y sus dependencias, á cuyo fin dispuso atacarlo á la vez por tres puntos distintos. El general Prideaux recibió el encargo de apoderarse de Niágara, el general Amherst de Crown-Point y Ticonderoga, y el general Wolfe tuvo orden de tomar la capital Quebec. Despues los tres generales debían efectuar su reunión en el corazón del Canadá, delante de Montreal, y tomar esta plaza, con lo cual quedaría concluida la conquista. Los 1,700 ingleses destinados contra el fuerte de Niágara lo tomaron, dirigidos por Johnson, que se había encargado del mando por la muerte del general Prideaux; los franceses capitularon, y con la pérdida de esta plaza quedaron incomunicados con el interior del continente. Al propio tiempo el general Amherst, despues de atravesar el lago George, se presentó delante de Ticonderoga, cuyo comandante, viendo que no podía defender la plaza, tomó el partido de volarla y retirarse con la guarnición hasta la isla llamada de las Nueces (Isle-aux-Noix), donde se fortificó con unos tres mil hombres. Los ingleses no pudieron seguirle á causa de la estación, demasiado adelantada, y se arreglaron sus cuarteles de invierno. La misma razón impidió á Johnson bajar con su división el río de San Lorenzo.

Mientras todo esto sucedía en el Oeste y Mediodía del Canadá, el general Wolfe con una escuadra y 8,000 hombres de desembarque entró, en el mes de junio del mismo año 1759, en el río de San Lorenzo y estableció su campamento en la isla de Orleans, á la vista de Quebec. La presencia de Wolfe no tenía nada de marcial: su físico era delicado y su constitución, débil ya de suyo, se había debilitado mas á consecuencia de una enfermedad crónica; pero dentro de aquel cuerpo frágil ardía un alma de fuego. Habíase distinguido ya en Europa en las campañas continentales, especialmente en las batallas de Dettingen y de Fontenoy, y sus cualidades amables, juntamente con su arrojo y energía, le habían ganado el afecto y el entusiasmo de sus soldados. Dificilísima era su posición delante de Quebec: en la escarpada orilla septentrional del río, cortada por barrancas, se veían en todos los puntos mas accesibles avanzadas y centinelas francesas, mientras mas arriba de Quebec estaba anclada una escuadra francesa de guerra. En esta situación decidió Wolfe asaltar la plaza, defendida por Montcalm, y en la tarde del 31 de julio hizo saltar en tierra, protegida por el horroroso fuego de sus buques y de las baterías que había levantado en la isla, una fuerte división de tropa, la cual desembarcó mas arriba pero á la inmediación de la desembocadura del río Montmorency. Los granaderos y los soldados del regimiento «Americanos del Rey» (*Royal américains*), que eran todos alemanes enganchados en América, fueron los primeros que desembarcaron, y con su ardor impetuoso echaron á perder la operación. Sin aguardar el orden, atravesaron en tropel la parte llana, y cada uno se ingenió como pudo para subir á las alturas que se levantaban delante de ellos. En estas, los franceses habían construido obras de defensa, desde las cuales les enviaron una lluvia de balas que cubrieron la pendiente de muertos y heridos. Para mayor desgracia, desatóse entonces una tempestad acompañada de una lluvia torrencial, que si por una parte hizo imposible el fuego, por otra reblandeció el suelo de tal suerte que los ingleses resbalaban y se caían á cada paso. En esto llegó la noche, se tocó retirada, y cuando los ingleses volvieron á sus botes, bajaron de las alturas hordas de indios, llenando el aire de alaridos, para degollar á los heridos

y rezagados, mientras los franceses que guarnecían las alturas hacían resonar sus gritos de victoria.

Esta imprudencia de la tropa había causado á los ingleses más de 400 bajas, sin que Wolfe pudiese remediarlo. Entonces este cambió de táctica: dividió sus fuerzas, dejando una mitad en el punto que ocupaba para entretener al enemigo con ataques fingidos y enviando la otra, á favor de la noche, río arriba, con la orden de desembarcar detrás de la ciudad, subir á las alturas y obligar desde allí al enemigo á abandonar sus posiciones ó aceptar batalla. Ejecutóse esta operación á principios de setiembre; la escuadra inglesa, mandada por el almirante Holmes, remontó el río bajo el fuego nutrido de las baterías enemigas, mientras 5,000 hombres escasos, pero escogidos, subían por tierra á lo largo de la orilla meridional y fuera del alcance de los cañones del enemigo. Cuando los buques hubieron pasado el peligro, los 5,000 hombres subieron á bordo, y á la entrada de la noche del día 12 la escuadra echó anclas algunas millas más arriba de la ciudad. Esta maniobra dió qué pensar á Montcalm, el cual envió á Bougainville á observar los movimientos del enemigo é impedir el desembarque de sus tropas en la orilla septentrional. Aquella noche no hacía luna, pero el cielo estaba sereno y la atmósfera tranquila. Dos horas antes de amanecer, partieron de la escuadra inglesa 30 lanchas con 1,600 hombres, y llegaron en silencio, á favor de la bajamar, hasta el punto de desembarque, dirigiendo la operación, con gran alegría de la tropa, el general Wolfe en persona, porque su enfermedad se había calmado lo bastante. Al tocar en la playa, dió el centinela francés el quién vive, á lo cual contestó en francés un capitán de granaderos escoceses: «Francia.» «¿Qué regimiento?» volvió á preguntar el centinela, y el granadero contestó: «De la Reina,» porque el capitán escocés sabía ya que aquel regimiento formaba parte de la división de Bougainville y que, cabalmente, aquella noche le estaban aguardando con una remesa de provisiones. El centinela, que por supuesto también lo sabía, se dejó engañar y los ingleses pasaron. El desembarco se efectuó en una pequeña ensenada que desde entonces lleva el nombre del valiente general Wolfe, la cual por un camino estrecho conducía á la cumbre de las alturas, donde estaba apostado un destacamento de tropa francesa.

Wolfe fué el primero que saltó en tierra, y á la salida del sol los franceses contemplaron asombrados, desde las murallas de Quebec, las filas de soldados ingleses, visibles por sus uniformes encarnados, formándose en batalla. Avisado Montcalm dió sus órdenes y á las nueve de la mañana estaban ya sus fuerzas formadas en frente del enemigo y los mataderos franceses que no cesaban de hacer fuego. Un poco antes de las diez, lloviznando de cuando en cuando, dió Montcalm la señal de ataque, y los franceses marcharon á paso de carga contra las filas enemigas. Estas se mantuvieron inmóviles; su silencio é inmovilidad, á pesar del fuego violento de los franceses, tuvieron algo de ominoso que pareció helar el entusiasmo de aquellos. Sus oficiales, cuando se hallaron á cincuenta pasos del enemigo, dieron la voz de «¡fuego!» y entonces los fusiles ingleses contestaron con una descarga cerrada, seguida de otra y otra; los franceses contestaron con otras tan mortíferas como aquellas, pero de repente se movieron hácia ellos las filas inglesas á paso de carga y los arrollaron con ímpetu irresistible. Los franceses se arremolinaron y echaron á correr en confusión hácia la puerta de la ciudad, seguidos de los ágiles escoceses que, llenos de coraje, mataron á muchos hasta dentro de los fosos de la plaza.

La victoria de los ingleses fué tan rápida como completa. En tan corto espacio de tiempo perdieron los franceses mil quinientos hombres; de los sobrevivientes se salvó una parte en el interior de la ciudad y la otra en el campamento al otro lado del río Saint-Charles. De los jefes ingleses solo dos quedaron ilesos, Townshend y Murray, que después de la batalla pasaron de un regimiento á otro dando á los soldados las gracias por su valor; pero la alegría del triunfo fué amargada por la noticia de la muerte del general Wolfe.

Marchando á la cabeza de sus granaderos fué herido primero en la muñeca, y se la envolvió en su pañuelo sin mostrar ni el dolor más leve; un momento después recibió otro balazo, esta vez en el costado, pero blandiendo su espada siguió avanzando y animando á sus soldados hasta que una tercera bala le entró por el pecho y le hizo caer. Algunos soldados le levantaron con cuidado y le sacaron fuera del fuego, y al preguntarle si quería que fuesen por el cirujano, meneó la cabeza y dijo que todo había concluido para él. Un oficial que permaneció á su lado exclamó de pronto: «¡Mirad cómo corren!» «¿Quién corre?» preguntó Wolfe abriendo los ojos, como despertando de un pesado sueño. «Los enemigos, señor, todos huyen,» contestó el oficial. «Entonces, dijo el general moribundo, diga Vd. al comandante Burton que baje por el río Saint-Charles con el regimiento de Webb para cortar al enemigo la retirada por el puente. ¡Alabado sea Dios, muero satisfecho!» añadió murmurando, é inclinando la cabeza á un lado, expiró.

En aquellos momentos cayó también mortalmente herido el valiente general Montcalm, mientras se esforzaba en vano por reunir á sus soldados desbandados. Fué llevado al hospital de sangre del campamento á orillas del río Saint-Charles, y cuando los médicos le dijeron que no había remedio, preguntó muy tranquilo cuánto le quedaba de vida. «Pocas horas,» le contestaron, y entonces respondió: «Tanto mejor, así no presenciaré la entrega de Quebec.»

Los vencedores prepararon el asalto sin perder tiempo; pero antes de disparar el primer cañonazo se levantó en la plaza la bandera de parlamento, y el 18 de setiembre de 1759 Quebec y su ciudadela pasaron para siempre á manos de los ingleses.

Al llegar la noticia de esta victoria á Inglaterra, se echaron en todo el país las campanas á vuelo, resonaron salvas por doquiera, hubo en todos los pueblos fuegos artificiales y muestras de júbilo; una sola aldea quedó oscura, triste y silenciosa: era la que habitaba la madre de Wolfe, porque los vecinos quisieron honrar así el dolor de la madre del héroe.

Quebec, Niágara, Frontenac, y finalmente Crown-Point, habían sucumbido; solo quedaban Montreal y su comarca en poder de los franceses. Allí enviaron, pues, los generales ingleses todas las fuerzas de que podían desprenderse y la suerte protegió el cálculo estratégico. Las fuerzas enviadas de tres puntos diferentes llegaron delante de Montreal en un mismo día. La guarnición no creyó posible resistir, y el gobernador, marqués de Vaudreuil, capituló el 8 de setiembre del año 1760 y entregó solemnemente á la corona de Inglaterra «el Canadá con todas sus dependencias.»

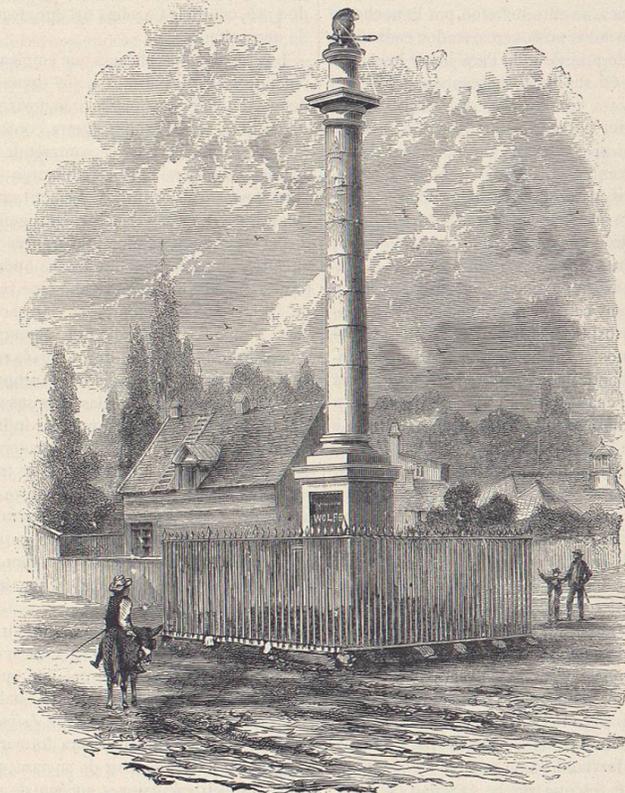
CAPITULO IV

LOS INDIOS Y LAS COLONIAS DESPUES DE LAS GUERRAS COLONIALES ANGLO-FRANCESAS

La expulsión de los franceses del continente norte-americano fué una gran desgracia para los indios, porque contados fueron los ingleses que se dignaron estudiar el genio y las costumbres de los pieles rojas y que se aproximaron á ellos. Los colonos fronterizos, gente recta y laboriosa pero

sencilla y ruda, los miraban con recelo, y avanzando siempre, se apoderaban sin consideración de los territorios más fértiles para establecer allí sus rústicas moradas, hechas de troncos de árboles, y cuyo ajuar primitivo se reducía á lo más indispensable. Cuando sus mujeres é hijas no bastaban para hilar y tejer las groseras telas que necesitaban para defender el cuerpo contra la intemperie, se vestían con las pieles de los animales que cazaban en abundancia, mientras no les faltaban municiones. Desde mediados del siglo pasado fué

siempre creciendo la corriente de la inmigración, la cual se dirigió con irresistible ímpetu al otro lado de los montes Alleghanis para extenderse hácia el centro del continente, donde ya los fuertes franceses no impedían su establecimiento. De los derechos de los indígenas nadie se cuidaba, porque para los colonos ingleses solo el cultivo daba el derecho de propiedad. Cierto es que los franceses también habían despojado á los salvajes de la propiedad de las comarcas que ocupaban, pero su amabilidad y sociabilidad



Monumento erigido en Quebec á la memoria de Wolfe

habían hecho menos humillante el despojo; de suerte que su expulsión del continente americano fué también para los indígenas el principio del fin, y no faltaron jefes de tribu que así lo comprendieron.

Cuando los europeos llegaron á la América del Norte, habitaban la parte oriental hasta el Mississippi tres grandes grupos de indios, sin contar los grupos menores como los uchies en Georgia, los nachez en Luisiana y los catabas ó cutabas en la Carolina. Formaban estos tres grupos principales los hurones, incluidos los iroqueses. Los algonquinos y los indios que vivían en el Mediodía, desde las Carolinas hasta Móbilis, cuyas principales ramas eran los criques, choc-tás, chiquesás y cheroquies.

El grupo algonquino era el más numeroso, y comprendía todas las tribus que á la llegada de los europeos habitaban la Nueva Inglaterra, la Pensilvania y la Virginia, y de las cuales las principales eran los abenaquies del Maine, los

narragansetes y picuodes del Massachusetts y Connecticut, los manhátens de Nueva York, los leni-lenapes ó delawarees de Pensilvania, los pauhátanes de Virginia, y por último los chavanós, los miamis é illinois, los odchibvás, potawatamies, otavas, saques, zorcos, menomonies y knistenós en la región de los grandes lagos.

El grupo iroqués tenía su centro al Sur de los lagos Ontario y Erie, y se distinguía de los demás grupos por su mayor ferocidad, por su valor é inteligencia y por su organización social más adelantada. Los iroqueses, como los demás indios, vivían de la caza, pero también cultivaban la tierra, moraban en grandes y pobladas aldeas, defendidas por empalizadas y casas fuertes, donde siempre tenían grandes acopios de maíz. Dividíanse en cinco ramas que formaban una liga ofensiva y defensiva permanente, y como siempre estaban en pié de guerra, hiciéronse el terror de las demás tribus indias, á las cuales vencieron constantemente, y extermina-